



J A C I N T O R E Y

EL HOMBRE DE
EL CAIRO



viceversa thriller

EL HOMBRE DE EL CAIRO

J A C I N T O R E Y

 **viceversa**
EDITORIAL



www.editorialviceversa.com

Advertencia: Los personajes y situaciones retratados en esta novela son por completo ficticios. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

© Jacinto Rey, 2010

© Editorial Viceversa, S.L., 2011
Calatrava, 1-7 bajos. 08017 Barcelona (España)

Primera edición: enero 2011

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Printed in Spain - Impreso en España

ISBN: 978-84-92819-47-8

Depósito legal: B-43662-1010

Impreso por Liberdúplex, S.L.U.

*A Lucía, mi madre.
Por tantas razones.*

El Cairo, 2008

De no ser por el fuerte dolor en su costado derecho, Asmaa Samir creería que sigue soñando.

Intenta abrir los ojos, pero sus párpados reaccionan con lentitud a causa de los sedantes. Siente una profunda sensación de vacío; sin embargo, a diferencia de lo que acontecía en su sueño, está viva.

El martilleo del tráfico se filtra por la ventana enrejada. Las sombras del amanecer, reflejadas en las paredes sucias del cuarto, aumentan su sensación de zozobra. Junto al camastro hay cubos y fregonas, batas manchadas de sangre y residuos de material médico utilizado recientemente.

Poco a poco recuerda su llegada a la clínica; y la operación que vino después...

La puerta se abre bruscamente y dos hombres entran en el cuarto. La incorporan sobre la cama, sin dirigirle la palabra. Asmaa siente una punzada de dolor, pero cuando intenta protestar sus labios emiten un sonido en el que no consigue reconocer su propia voz. ¿Habrà despertado realmente de su pesadilla?

Sin prestar atención a sus quejas, los hombres la fundan en su *galabiya*. Incapaz de forcejear, Asmaa cierra los ojos. Intenta recordar un momento feliz de su infancia para espan-

tar la angustia, pero sólo logra percibir el sudor agrio de los hombres que la mueven como si fuese un fardo.

Cuando acaban de vestirla, los desconocidos la conducen fuera del cuarto. Se detienen en el umbral de la puerta para asegurarse de que nadie los observa, y a continuación la arrastran por un pasillo de linóleo que muestra el desgaste de varias décadas de uso.

Asmaa oye el chirrido de una puerta y siente en el rostro el aire tibio, el picor de la luz del amanecer.

Un taxi espera en el patio. Uno de los hombres la deja caer en el asiento trasero, mientras el otro mete un fajo de billetes entre los pliegues de su *galabiya*.

El taxi se sumerge con rapidez en el tráfico de El Cairo, como un tiburón que hubiese olfateado un rastro de sangre.

La pesadilla de Asmaa Samir no ha hecho más que comenzar.

PRIMERA PARTE
Polvo de estrellas

Capítulo 1

Ámsterdam, marzo de 2009

La inspectora Cristina Molen observa las palomas que revolotean en la techumbre como espectadores que aguardasen el comienzo de una representación teatral.

Unos regueros de humedad descienden por los pilares metálicos, dejando un rastro de óxido a su paso. El almacén, situado en Hendrikkade, ha proporcionado refugio a vagabundos y drogadictos: en el suelo hay cartones, jeringuillas, bolsas de plástico y colchones agujereados, vestigios de un campamento abandonado pocos días atrás.

La víctima está tumbada sobre su vientre, con la mejilla apoyada en el suelo de cemento. Además del disparo en la nuca, el hombre ha sufrido la amputación del dedo meñique de la mano derecha, a la altura de la segunda falange. Tiene el pelo pajizo, los labios agrietados y unos pómulos de muñeco de cera. Sus ojos de color ceniza absorben la penumbra de la nave como un espejo expuesto demasiado tiempo al sol.

La inspectora Molen levanta la vista hacia las palomas y, a continuación, observa el cadáver. Ésa no era la mejor forma de comenzar la semana; ni de festejar el inicio de la primavera.

Es improbable que el autor del crimen haya sido un mendigo. El muerto, sin duda, no lo era: viste un traje azul marino que conserva las rayas de su último planchado, zapatos acharolados y unos gemelos de oro en forma de cruz de malta en

los puños de la camisa sugieren que el motivo del asesinato no ha sido el robo.

La pulcritud de la víctima le hace pensar en George Raft en la película *Con faldas y a lo loco*. Aunque la muerte haya arrancado al cadáver su aspecto amenazador, la expresión de su rostro esconde una violencia latente; como en su personaje de Spats Colombo, cuando ordenaba a sus matones que abrieren fuego en un garaje de Chicago, bajo la mirada de Jack Lemmon y Tony Curtis, escondidos detrás de un coche con su saxofón y su contrabajo.

Una llamada anónima había informado del emplazamiento de la víctima. El informador podía ser un vagabundo, tal vez un testigo de los hechos. Cristina le pedirá a un agente de la brigada de homicidios que interrogue a los mendigos de la zona, aunque duda, por experiencias anteriores, de que ninguno se avenga a colaborar con la policía.

La Policía Científica ha descubierto varias huellas junto al cadáver, aunque la inspectora intuye que ninguna de ellas la conducirá hasta el asesino. Probablemente se trate de un ajuste de cuentas. Con excepción del dedo amputado, la víctima no muestra señales de violencia. El hecho de que no hubiese forcejeado indicaba que albergaba cierta esperanza de permanecer con vida; o su voluntad de no ser torturado durante más tiempo, una posibilidad que la amputación del dedo volvía verosímil.

El orificio de bala en la nuca está enmarcado por un pequeño cerco negruzco. La ausencia de un orificio de salida sugiere que el proyectil ha quedado incrustado en el cráneo. Tendrá que esperar a la autopsia para conocer el tipo de arma y la munición utilizada.

La existencia de un solo orificio en la nuca, y el hecho de que el muerto esté tumbado boca abajo, explica la escasez de sangre alrededor del cadáver. Es posible que el hombre haya sido asesinado en otro lugar y su dedo amputado *post mortem*, como una suerte de trofeo. Un cadáver con un corazón muerto sangraba mucho menos que una persona viva.

Si el homicidio había sido cometido en otro lugar, ¿por qué habían transportado el cadáver hasta ese almacén? Habría sido mucho más fácil meterlo en un saco lleno de piedras y lanzarlo al fondo de un canal.

La inspectora se pone unos guantes de látex para examinar la chaqueta de la víctima. En sus bolsillos no hay ninguna documentación. Quizás haya sido sustraída por el asesino, a fin de dificultar su identificación, o robada por la persona que informó a la policía.

En los bolsillos del pantalón hay unas pastillas mentoladas, un pequeño cilindro metálico, plateado y sin ninguna inscripción en su superficie, y el tique de un aparcamiento. La inspectora palpa todos los bolsillos de la víctima, pero no encuentra en ninguno de ellos las llaves de un coche.

Levanta la tapa del cilindro con una uña y lo inclina sobre la palma de la mano. Cuatro piedras traslúcidas del tamaño de ojos de gorrión caen rodando sobre ella. ¿Eran diamantes? Esa eventualidad permitiría excluir el robo como móvil del asesinato y privilegiar la hipótesis de un ajuste de cuentas. Aun así, algo no encajaba. ¿Por qué no se había llevado las gemas el asesino?

La inspectora observa las piedras con gesto reflexivo, como un jardinero que hubiese encontrado una orquídea en un estercolero. A continuación, devuelve las gemas al cilindro y lo cierra cuidadosamente.

El tique encontrado en el bolsillo de la víctima pertenece al aparcamiento de Waterlooplein, situado a poca distancia de Hendrikkade. La impresión electrónica indica que el vehículo hizo su entrada a las 10:02 a. m., unas horas antes, y la ausencia de una segunda impresión sugiere que sigue allí.